

das á la vez en una sola idea. Lo exagerado de esta disposicion es lo que ha dado lugar en Alemania, durante el primer cuarto de este siglo, á tan audaces tentativas; pero contenido en los límites de la inteligencia humana, é ilustrado y corregido por un análisis sincero, no es otra cosa que el mismo espíritu de la filosofía.

No ha cambiado, pues, nunca el objeto de ésta, sea que se le busque en las definiciones ó en los sistemas; siendo hoy lo que era en los siglos XVII y XVIII, lo que era en la edad media, en la Grecia y en los pueblos del Oriente, lo que será siempre, esto es, el saber humano en sus últimas profundidades, los primeros principios, las causas primeras de todo lo que es, la verdad en su carácter absoluto é inmutable, ó al ménos bajo la forma más elevada que pueda ofrecer al hombre; y como la verdad, segun lo hemos notado ya, no puede comunicar con nosotros, no puede manifestarse en general sino por el pensamiento, el estudio del pensamiento ó del espíritu humano, el conocimiento de la razon por sí misma, y por consiguiente, el goce más completo, el desarrollo más libre de sus fuerzas, es el fin inmediato, ó si se puede hablar así, la materia próxima de la filosofía.

(Concluirá.)

## EL EMPIRISMO.

**E**l empirismo es la doctrina filosófica que, nacida en diferentes épocas de la historia, de una reaccion inevitable contra los excesos de la especulacion metafísica, niega la certidumbre de todo lo que traspasa los límites de la pura experiencia. Para la filosofía empírica lo único verdadero, real, perceptible y cierto, es el hecho que conocemos directa é inmediatamente: todo lo demás, bien puede afirmarse, pero no será nunca conocido ni demostrado.

Véase desde luego todo lo que hay de arbitrario en semejante principio, y cuáles son sus consecuencias. Si no llega necesariamente al escepticismo absoluto, al ménos le favorece y equivale á la negacion directa de toda ciencia, de toda teoría. Si sólo los hechos son verdaderos, toda ciencia se resolverá en una coleccion de experiencias particulares, que podrán reunirse en un haz, pero que no podrán tener enlace entre sí, porque no hay leyes generales y universales sin verdades generales y universales. En el mundo real no existirán más que fenómenos; las mismas sustancias serán puestas en duda: existirá la extension y el pensamiento, pero nadie tendrá derecho de afirmar la materia ni el espíritu.

Se comprende que, á pesar de la repugnancia de ciertos espíritus hácia las altas abstracciones, hácia las teorías absolutas, se encuentran muy pocos que hayan llevado hasta el extremo el principio del empirismo. Pocos filósofos, en efecto, le han profesado de una manera explícita y completa; y los que lo han hecho, casi se han confundido con los

escépticos; pero ha habido muchos que le han aceptado haciendo reservas más ó ménos extensas; así es que entre el empirismo puro, y el sistema que niega solamente la certidumbre de las ideas necesarias y de los principios que son como el fondo de la razon humana, hay lugar para opiniones más ó ménos moderadas, y más de una buena inteligencia, que al principio se habia rebelado contra las aserciones del empirismo, se ha visto arrastrada poco á poco á afirmarlo completamente.

De esto tenemos un ejemplo en Diderot, que haciéndose eco de la filosofía contemporánea, decia: «Los objetos sensibles fueron los primeros que hirieron los sentidos, y los que reunian varias cualidades á la vez, fueron los primeros que se nombraron: los diferentes individuos son los que componen este universo. En seguida se han distinguido unas de otras las cualidades sensibles, y se les dieron nombres, que en su mayor parte son adjetivos. En fin, hecha abstraccion de esas cualidades sensibles, se encontró, ó se creyó encontrar, algo comun en todos los individuos, como la impenetrabilidad, la extension, el color, la figura, etc., formándose los nombres metafísicos y generales, y casi todos los sustantivos. Poco á poco se ha habituado á creer que esos nombres representaban seres reales; se han considerado las cualidades sensibles como simples accidentes, y se ha imaginado que el adjetivo estaba realmente subordinado al sustantivo, siendo así que, propiamente hablando, el sustantivo no es nada, y el adjetivo es todo.» (\*) Algunas líneas más adelante, declara Diderot, que *la sustancia es un sér imaginario*.

Fácil seria, multiplicando los ejemplos y las citas, mostrar que todas las teorías sobre el *yo* y el alma humana que tienen su raíz en la filosofía de Locke, conducen á esa consecuencia del empirismo. ¿No ha declarado Hume formalmente que el *yo* humano no es más que una sucesion de impresiones y de ideas? ¿Y no ha dicho Coudillac lo mismo en otros términos, cuando ha hecho de nuestra alma una coleccion de sensaciones y de ideas? Pero lo que importa examinar no es tanto las opiniones que van á dar al empirismo, cuanto la misma pretension en que éste se funda.

La debilidad del empirismo proviene de su estrechez y exclusivismo; su error consiste en negar lo que hay necesario y absoluto en la razon humana. En efecto, si el empirismo tuviera razon, si no hubiera nada cierto fuera de los hechos reducidos á sí mismos, al estado de puros fenómenos, las ciencias experimentales, lo mismo que todas las otras ciencias, serian imposibles. Ciertamente es que los hechos reales, actuales, son el camino por el cual podemos conocer todo lo que es accesible á nuestra inteligencia; y bajo este aspecto el conocimiento de los hechos, es decir, la experiencia, es el punto de partida de la ciencia. Dentro de tales límites, el empirismo tendria razon. Pero querer limitarse á ese punto de partida, encerrar allí al espíritu, es una locura y un absurdo; es negar gratuitamente la legitimidad de todas las operaciones intelectuales, que se apoyan en los hechos para alzarse sobre ellos y encontrar las verdades generales y universales; es negar el valor, la legitimidad y el alcance del raciocinio. Ahora bien, ¿con qué título y con qué derecho se viene á negar las verdades que el raciocinio suministra? Si el empirismo no las niega, reconoce verdades que van más allá de los hechos puros y simples, y sólo por esto se pone en contradiccion con su principio, que no admite como cierto más

(\*) Carta sobre los sordo-mudos, Obras, t. II, p. 10.



que los fenómenos. Y si niega esas verdades, ¿en qué se apoya? Porque el mismo espíritu, la misma inteligencia es quien conoce los hechos y deduce las consecuencias. Distintas son las operaciones del raciocinio y de la percepción; pero ambas proceden de la misma facultad de conocer, del mismo principio pensante. Negar la una es invalidar la otra, porque viniendo del mismo origen, su autoridad es igual, si no es semejante.

Añadamos que no hay experiencia propiamente dicha, que no implique la intervención de la razón y algunas de esas verdades que niega el empirismo. ¿Se concebiría, por ejemplo, que pudiésemos hacer las comparaciones y las generalizaciones á que conducen varias experiencias, y que las suponen con frecuencia, si no hubie a en el sujeto pensante, que compara y generaliza, una unidad sustancial? ¿Se concebiría alguna de las operaciones del espíritu, si en vez de ser un sujeto, una sustancia, fuera sólo una sucesión de actos? ¿Y qué idea tendríamos de cada acto en sí mismo, si no le ligamos con nada, si no podemos compararle ni analizarle? Discútase en buena hora sobre la naturaleza y la esencia del sér que piensa, observa y razona, pero no se niegue lo que está implícito en todos sus actos de percepción y raciocinio, á saber, su existencia sustancial, que se escapa sin embargo á la experiencia pura, á la simple observación, pues ésta sólo llega á los fenómenos y no alcanza á las sustancias. Hé aquí precisamente el error que comete el empirismo.

De la misma manera en las ciencias físicas y naturales, ¿qué ley se podrá legítimamente afirmar, si el espíritu no puede ir más allá de los hechos? Decís que la ley de atracción es ley universal de la naturaleza; pero ¿quién os lo ha dicho? Porque la experiencia, como lo ha hecho notar Aristóteles hace más de dos mil años, nos enseña lo que está aquí, allí, hoy ó ayer; pero la experiencia no puede decirnos nada de lo que existe en otra parte, de lo que será mañana, de lo que ha existido siempre; y en la física y las ciencias naturales, afirmáis la identidad de las leyes de la naturaleza para todos los tiempos y todos los lugares.

Así, no hay, no puede haber ciencia que se limite al conocimiento de lo particular; la experiencia, tal como la desearian los empíricos, limitada á tal cuerpo, á tal punto del espacio, á tal instante de la duración, no puede permitir al espíritu afirmar ni creer una verdad que se extiende á la universalidad de los cuerpos, á la inmensidad del espacio, á la eternidad de la duración. Lo que constituye toda ciencia es el paso de lo particular á lo general; y este paso no es posible sino porque el espíritu atraviesa el abismo por el poder de ciertos principios que el análisis psicológico descubre en la razón, que desprenden de los hechos en que están implícitos, pero que el análisis ulterior á los hechos, no constituye. "Los sentidos, dice Leibniz, aunque necesarios para todos nuestros conocimientos, no son suficientes para darnoslos todos, puesto que los sentidos no dan nunca más que ejemplos, es decir, verdades particulares ó individuales. Ahora, todos los ejemplos que confirman una verdad general, sea cual fuere su número, no bastan para establecer la necesidad universal de esa misma verdad; porque no se sigue que lo que ha sucedido suceda siempre lo mismo. De donde parece que las verdades necesarias, tales como se las encuentra en las matemáticas puras, particularmente en la aritmética y la geometría, deben tener principios, cuya prueba no depende de los ejemplos, y por consiguiente, del

testimonio de los sentidos, aunque sin los sentidos no se habría llegado á pensar en ellos. Verdad es que no debe imaginarse que se pueden leer á libro abierto en el alma, esas leyes eternas de la razón; pero basta que se las pueda descubrir en nosotros á fuerza de atención, á quien los sentidos presentan las ocasiones." (\*)

No es, pues, el empirismo más que la exageración ó la consecuencia extrema del sensualismo: así es que la historia de la filosofía nos presenta pocos filósofos que hayan profesado esta doctrina completamente en toda su extensión. El espíritu humano tiene necesidad de creer y afirmar, y el empirismo es casi enteramente negativo. Pero en las escuelas sensualistas, gran número de filósofos han admitido, con más ó menos moderación, la base del empirismo, y bajo este aspecto, se pueden indicar las escuelas en que más se ha hecho sentir la influencia de dicha doctrina.

Parece que en la antigüedad, la escuela jónica, de Thales y de sus sucesores, fué sensualista hasta el empirismo. Cuando proclamaba Heráclito que todo se desvanece, y negaba el sér absoluto, daba una expresión al empirismo, en el lenguaje poético de su tiempo. La escuela de Demócrito y de los atomistas, sin admitir las leyes necesarias del espíritu humano, creía en sustancias, en unidades materiales llamadas átomos. Pero bien pronto los principales sofistas repitieron las aserciones del empirismo jónico, y Protágoras enseñó que conocer es sentir; que el carácter de la sensación es variar al infinito, según las disposiciones del sér sensible; que cada uno conoce á su manera, y que derivándose de la sensación todo saber, toda ciencia es puramente experimental, individual y relativa. En otros términos, los sofistas retrogradaban hasta el sistema de Heráclito, á la negación de la verdad absoluta.

Más tarde, la doble influencia de Platon y Aristóteles arruina los últimos restos de la sofística, y el empirismo, relegado entre los discípulos de Enesidemo, tiende más y más á confundirse con el escepticismo.

En la edad media, se le encuentra igualmente entre los médicos y los alquimistas; pero no sirve de bandera á ninguna de las grandes doctrinas de la escolástica.

En fin, al despertarse el espíritu moderno, se desliza en el campo del sensualismo, y vemos á Hobbes profesar netamente sus principios. Poco á poco seduce á los espíritus lo positivo y experimental que hay en el sensualismo; la metafísica de la sensación se presenta en Francia é Inglaterra con esa claridad persuasiva y elegante que aseguró el buen éxito á Locke y Condillac; los pensadores del siglo XVIII avanzan más y más por esa vía, y las doctrinas de la época llegan al célebre *Sistema de la naturaleza*, en que el baron d'Holbach trató de aplicar el principio del empirismo á los principales problemas de la metafísica y la moral. "Conocer un objeto, según él, (cap. II), es haberlo sentido, y sentido es haber sido por él agitado." Hé aquí destruida completamente la ciencia, y el pensamiento identificado con el movimiento. Como no existen objetos generales, no podemos ser agitados por ellos; no podemos sentirlos ni conocerlos; no hay, pues, ciencia de lo general. "Ninguna noción, añade (cap. X), puede ser rigurosamente la misma en dos hombres..... cada hombre tiene, por decirlo así, una lengua para sí solo, y esa lengua es incomunicable á los otros." Así, d'Holbach repite por su cuenta, sin sospe-

(\*) *Nouv. Essais*, pág. 195, ed. Erdmann.



charlo, la vieja fórmula de Heráclito y de Protágoras; y el empirismo del siglo XVIII termina en las conclusiones que había balbuceado en su infancia el espíritu filosófico. ¡Tan cierto es que á ningún sistema es dado escapar de sus verdaderas consecuencias!

Más cerca de nosotros, á fines del siglo pasado y principios del actual, por un exceso de prudencia, parece que la filosofía se circunscribe en la contemplación del juego de nuestras facultades, sin atender á sus objetos ni al resultado de su acción. No repudiando enteramente al empirismo que había precedido, la ideología sólo puebla al espíritu humano de sensaciones que recuerda ó generaliza, y que llama ideas. Así es como llegamos á la época presente, en que el empirismo, bajo el nuevo nombre de *positivismo*, se apoya en el mismo principio y concluye en las mismas consecuencias.—F. RIAUX, antiguo *professor de filosofía*.

#### BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

BERTRAND (ALEXIS). *La apercepción del cuerpo humano por la conciencia*. Paris, Germer Baillière, 1881.—Tal es el título atrevido y paradójico de la obra de que damos cuenta, y tal es la tesis que en la Sorbona ha sostenido su autor de la manera más brillante. ¡El cuerpo apercebido por la conciencia! Este título, digámoslo desde luego, nos choca y nos parece extraño. Hay aquí, al lado de una verdad, una confusión en que nos parece que el autor ha caído más de una vez, á falta de una distinción suficientemente clara y precisa entre lo que es del dominio de la conciencia, y lo que no es. El mismo cargo le hacemos acerca de dos términos que aparecen en cada página de su libro, el sentido vital y el sentido del esfuerzo. ¿En qué se distingue por un lado el sentido vital, de la conciencia, y en qué se distingue por otro el sentido, del esfuerzo? Habríamos deseado más claridad sobre puntos que no carecen de importancia.

DR. GUSTAVO LE BON. *El hombre y las sociedades, sus orígenes y su historia*. Paris, 1881.—Aunque este libro tenga ya un año de fecha, no es demasiado tarde para hablar de él. Es una obra de vulgarización, y está destinada, no obstante el incesante desarrollo de las ciencias antropológicas, á conservar todavía durante largos años todo su interés. El autor se halla dotado de un raro talento de exposición; posee el arte de condensar la materia que trata, circunscribirla y colocarla en su cuadro respectivo; procede con orden y método, no incurriendo de este modo, en repeticiones tan difíciles de evitar en esa clase de obras; emplea con sobriedad las cifras, y las que cita, reducidas á su más simple expresión, demuestran claramente lo que se propone. En una palabra, aunque el asunto le haya impuesto un incalculable trabajo de compilación, ha sabido tratarlo de una manera propia y original, dándole al mismo tiempo poderosa unidad y vivísimo atractivo.—(*Revue philosophique*.)

## LA FILOSOFÍA. (\*)

### II.

Determinado el objeto de la filosofía, no según una teoría sino conforme á los hechos, no según una convicción personal sino conforme á los testimonios y esfuerzos unánimes de todos los filósofos, veámos cuáles son los problemas que contiene en esa idea general; procuremos indicar el número y orden de sus partes, formando en cierto modo la carta de las ciencias filosóficas.

Mientras no fué más que una vaga aspiración hácia la verdad, confundiendo con el amor general de la ciencia, en una palabra, durante los siglos que señalan sus primeros pasos, la filosofía no reconoció en su propio seno ninguna distinción de partes. Fácil es comprender la razón de esto: distinción es sinónimo de observación, de análisis, y el espíritu humano no comienza por el análisis sino por la síntesis; ignorando la grandeza del mundo y su propia pequeñez, quisiera abarcarlo todo de un solo golpe de vista. El primer ensayo de división de la filosofía, según las interpretaciones más naturales y las observaciones mejor fundadas, es el que se atribuye á Platon: parece, en efecto, en cuanto lo permitió su naturaleza de artista y la forma dramática de sus obras, que Platon dividía la filosofía en tres ciencias distintas: la dialéctica, la física y la moral. La dialéctica era la parte esencial, y se ocupaba en los principios más generales, por cuya razón se la vé confundida á menudo con la filosofía toda entera; comprendiendo á la vez lo que nosotros designamos con los nombres de psicología, de lógica y de metafísica. En la moral, como vemos en el diálogo de la *República*, se contenía la política y también la filosofía de la historia. La física, contenida toda entera en el *Timeo*, tenía por objeto fundar sobre los principios de la dialéctica, una cosmogonía y una teoría general de la naturaleza.

(\*) Véase la página 5.